

## **Mi ciudad, nuestra ciudad**

*Juan Carlos Zubietta Irún. Taller de Sociología. Universidad de Cantabria*

Efectivamente, Santander es de todos los que vivimos aquí. Y entre todos, día a día, la construimos; somos todos y cada uno de los ciudadanos los que la hacemos más o menos habitable. Santander no es de los gobernantes, ni de los partidos políticos, ni de las empresas, ni de los técnicos, ni de los intelectuales, tampoco es de los turistas. Y tampoco nos pertenece enteramente a nosotros: es una herencia de nuestros mayores y nos corresponde la responsabilidad de “vivirla bien”, de cuidar la memoria que está escrita en sus calles, en sus edificios, en sus árboles, en su paisaje. Somos responsables de hacerla crecer de forma armónica de manera que responda mejor a las necesidades de toda la población –sin exclusiones- y, en definitiva, que se logre mejor el propósito de “la calidad de vida” (social, material, cultural y medio-ambiental).

Amo a esta ciudad. Aquí me han sucedido experiencias vitales importantes; sus gentes y su paisaje me han “construido”; aquí viven personas que amo. Vivo bien, pero sé que hay vecinos que viven mal. Me encanta que los forasteros digan que mi ciudad es bonita, aunque siempre pienso que solo conocen la fachada.

Cuando repaso los cambios que han sucedido en los últimos años observo transformaciones positivas, pero también hay “intervenciones” que discuto y hay “olvidos” que me parecen impresentables. Protesto para mostrar mis criterios, para participar en el debate y para contribuir a que la ciudad sea mejor.

La ciudad es un espacio que hemos construido (y destruido), y que a su vez influye en nosotros; permite que me encuentre con unas personas –y aprenda de ellas-, pero también me aleja de otras; en ocasiones roba mi tiempo, condiciona mi vida... La ciudad produce rechazo: muchos huyen el fin de semana para encontrar el sosiego del campo. Pero también atrae: otros acuden para acceder a recursos culturales y de ocio; para ver edificios, para entrar en comercios; para buscar el dinamismo económico, social y cultural; para buscar la diversidad. La ciudad, en definitiva, nos proporciona mil oportunidades y nos crea mil problemas.

La ciudad habla de nuestra historia, y de nuestra vida actual: de los grupos humanos que la componemos; de la desigualdad social; de los intereses económicos y políticos; de nuestro nivel tecnológico y cultural; de nuestros valores (de prioridades; del respeto a los otros; del nivel de solidaridad

social; de la actitud ante medio ambiente). La ciudad provoca sentimientos y estados de ánimo; estimula proyectos vitales y sueños. Es un espacio de convivencia.

Leo los programas electorales de los partidos políticos y concluyo que en nada de tiempo Santander va a ser el paraíso natural. ¡Qué cantidad de buenas intenciones! ¡Qué gran número de nobles propósitos! ¡Qué gran despliegue de actuaciones! Pero ... “El infierno está empedrado de buenas intenciones”; además, en ningún programa encuentro objetivos formulados con indicadores cuantitativos, ni prioridades, ni distribución temporal, ni recursos, ni coste de las actuaciones. ¿A qué conclusiones se llegaría si se evaluasen las maravillosas promesas anteriores?

Seguro que coincidimos en una serie objetivos genéricos: potenciar el desarrollo económico y la creación de empleo de calidad; ayudar en la adquisición de una vivienda; apoyo a la familia y establecimiento de medidas que frenen el envejecimiento y la despoblación; servicios sociales, ayudas a los colectivos más desfavorecidos (intervención especial contra la pobreza); rehabilitación de barrios degradados; cuidar el patrimonio cultural y apoyar la creación artística; protección del medio ambiente y establecer una red de parques y jardines; transportes públicos eficientes; seguridad ciudadana; buena gobernanza; fomento de la participación de los vecinos; y sanidad de calidad, y educación, y un largo etcétera. Ahora falta pasar a los hechos.

Permítanme que, en el ámbito del urbanismo, señale una actuación que considero clave: el proyecto de la integración ferroviaria. En mi opinión, esa intervención es la gran oportunidad y el gran reto, y no se puede hacer mal. En ella está el Santander del siglo XXI. Implica transformar la ciudad. Afectará especialmente a la calidad de vida de los vecinos del barrio de Castilla-Hermida, pero también repercutirá en toda la ciudad. Permitirá que Santander tenga un gran parque central, una gran zona verde unida con el parque de la Remonta. Y contribuirá a la cohesión territorial. Claro que se puede construir, pero con medida. El proyecto “Madrid-Río” ha representado un gran cambio para varios barrios de la capital de España; la intervención en el Turia supuso una transformación de Valencia; otras ciudades españolas han aprovechado sus oportunidades: Bilbao, Barcelona... Estas localidades, que han realizado intervenciones urbanísticas mirando al futuro y al interés general, han logrado unas ciudades más habitables, más hermosas, más cohesionadas, de mayor calidad de vida. Por favor, seamos valientes y ambiciosos, seamos generosos y aprovechemos esta magnífica oportunidad.

¿No se puede llegar a un “pacto de ciudad”? ¿No podemos trabajar todos juntos por un objetivo común?

El proyecto se menciona en los programas del PP y del PSOE, y sé que también interesa al PRC, a Ciudadanos, a Podemos y a VOX. Ahora toca actuar con rigor y generosidad. Hay que plantear alternativas y ver los pros y los contras. Como indica la lógica, deben evaluarse todas las fases del proyecto. Por supuesto, a este análisis tienen mucho que aportar los expertos en urbanismo y ordenación del territorio, pero también es fundamental la participación de otros profesionales y, además, de las asociaciones ciudadanas. Todos somos responsables, y no podemos equivocarnos. Conozco un magnífico análisis y propuesta que ha elaborado el arquitecto y miembro del Grupo Alceda Eduardo Manzanares; también sé que varios profesores de urbanismo de la Universidad de Cantabria lo han estudiado y lo han expuesto a los partidos políticos (el Colegio de Ingenieros de Caminos también celebró una reunión). En mi opinión, ese es el camino: estudiar alternativas, hacer críticas y llegar a acuerdos. En todo este proceso la participación del conjunto de la población es importante (un dato: he preguntado por este asunto a un grupo de estudiantes universitarios; pues bien, su desconocimiento me ha dejado perplejo y preocupado. ¿Se estará haciendo algo mal?).